El tema de la infalibilidad en una comedia dramática de José Cid Pérez

Roberto Herrera

Es indiscutible, como ha afirmado el distinguido escritor y crítico Alfredo de la Guardia, que «el teatro en Cuba ha tenido un activo aunque irregular desarrollo desde los tiempos de la colonia hasta el presente. Los historiadores, los críticos, los ensayistas, han recordado y analizado esas manifestaciones dramáticas seculares, especialmente las que dieron renovado impulso y carácter nacional al arte escénico después de la proclamación de la independencia en la isla. A las expresiones circunstanciales ofrecidas en los siglos XVI, XVII y XVIII —La Habana tuvo su primera sala teatral en 1776—, siguieron espectáculos cada vez más numerosos y definidos hasta que, instituida la República, nutridos grupos de escritores trabajaron con vocación decidida y con voluntad a prueba de dificultades, para crear una dramaturgia genuinamente cubana. Este florecimiento de la dramática de Cuba fue muy notable entre los años 20 y 60 de nuestro siglo» [1].

Entre los autores teatrales cubanos de esta época brilla con luz propia José Cid Pérez, uno de los más prestigiosos de su patria, de la cual está ausente en la actualidad por razones políticas e ideológicas. Desde que estrenó en 1927, apenas salido de la adolescencia, sus dos primeras obras —una con el celebrado actor español Ricardo Calvo, otra laureada con el Gran Premio Nacional— hasta el presente, Cid Pérez ha buscado en el teatro su más auténtico sentido, su más profundo modo de expresión [2]. Ha sido el destacado crítico dominicano Max Henríquez Ureña el que ha dicho con palabra autorizada que «Cid conoce los secretos del arte teatral, y así lo demuestran la estructura y el desarrollo de sus obras, entre las que se encuentran piezas de muy diferente índole» [3].

Por la época en que iniciaba sus trabajos escénicos bajo las influencias naturales que debía recibir, José Cid, como todo escritor joven de aquellos tiempos, comenzó su producción dramática con el signo realista y el prurito de la crítica de costumbres. El autor teatral cubano continuó su obra con el drama de arenga patriótica y de fondo histórico necesario en todo el ámbito de la escena iberoamericana, donde podríamos señalar tantas piezas de ese género. Pero posteriormente el arte escénico de Cid Pérez sigue evolucionando como era de esperarse de un hombre y un poeta de talento y sensibilidad que trata de buscarse a sí mismo y definirse con una obra personal. Es entonces cuando llega a la conclusión que el teatro no debe ser, solamente, la exposición de una tesis o el grito destemplado y el gesto iracundo de una arenga patriótica. Mas tampoco ha de ser, únicamente, juego del ingenio, fuga de la fantasía, alarde in-

[1] CID PÉREZ, JOSÉ, *Un tríptico y dos comedias,* prólogo de Alfredo de la Guardia, Ediciones del Carro de Tespis, Buenos Aires, Argentina, 1972, págs. 13 y 14.

[2] Ibid, pág. 14.

[3] HENRÍQUEZ UREÑA, MAX, *Panorama histórico de la literatura cubana,* Tomo II, Ediciones Mirador, Puerto Rico, 1963, pág. 398.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Roberto HERRERA. El tema de la infalibilidad en una comedia dramáti...
Centro Virtual Cervantes

telectual y esterilizado. Ni un verdadero hombre ni un verdadero poeta pueden ser los carceleros de sí mismo. Nacidos, plantados en la misma tierra, cumplirán, aún cuando les pesare en su comienzo, una misión personal, propia y legítima [4]. Esta es, sin lugar a dudas, la misión que José Cid Pérez se planteó como dramaturgo y la que ha determinado, orientado y dirigido sus más brillantes esfuerzos en el campo de la creación escénica.

El profesor James E. McKinney, de Western Illinois University, ha declarado que las obras de Cid Pérez se pueden situar dentro del siguiente cuadro:

Costumbrista: *Cadenas de amor*
Humorística: *Su primer cliente*
Infantil: *Azucena*
De carácter social: *¡Justicia!* y *Estampas rojas*
Históricas: *Radioepisodios de la historia de Cuba* y *Altares de Sacrificio*
Indigenista: *Biajaní*
Psicológicas: *Rebeca, La duda, La última conquista* e *Y quiso más la vida*
Filosóficas: *Hombres de dos mundos* y *La Comedia de los Muertos* [5].

Nosotros en este trabajo nos vamos a ocupar, exclusivamente, de su obra dramática titulada *Y quiso más la vida.* Esta pieza, que el propio autor califica de comedia dramática, y que fue publicada en el libro titulado *Un tríptico y dos comedias,* con prólogo de Alfredo de la Guardia, en Buenos Aires, en el año 1972, está dedicada a la memoria de Otto Sirgo, el gran actor cubano ya desaparecido, que según el propio Cid «supo calar tan hondo en el ser y el hacer del protagonista». Con esta comedia dramática en tres actos ganó su autor el Premio Nacional de Literatura, en el Concurso del «Círculo de Bellas Artes», de La Habana, en el año 1934; y fue estrenada en el teatro «La Comedia» de la misma ciudad por la «Compañía Magda Haller-Otto Sirgo», en 1951. Hay que tener en cuenta, pues, que dicha obra fue estrenada muchos años después de haber sido escrita; y a pesar de este hecho, tuvo un gran éxito de público y de crítica, como puede apreciarse de la lectura de las crónicas que se publicaron en muchos de los periódicos y revistas habaneros de aquella época. Un buen ejemplo de lo que acabamos de afirmar fue el artículo publicado en el «Diario de La Marina», con fecha 9 de diciembre de 1951, del que hemos seleccionado los siguientes párrafos: «Uno de los éxitos mayores que ha obtenido la "Compañía de Magda Haller y Otto Sirgo", ha sido el estreno de la obra del gran comediógrafo cubano José Cid Pérez *Y quiso más la vida,* que constituyó un verdadero evento artístico, cuyo recuerdo quedará escrito en los anales del teatro cubano...». Y más adelante, en el propio artículo, se dice que «Otto Sirgo, el singular director y primer actor, se consagró al interpretar el personaje principal, el hombre que lucha en un momento difícil entre el deber y la vanidad; Magda Haller, la primerísima actriz, bordó el papel de Angélica, madre antes que mujer, que sabe luchar contra todo por la vida de su hijo, pudiendo inclusive ofrecer la suya, cuando sea necesario». Sigue el artículo elogiando la actuación de los demás actores y actrices que participaron en la representación de la comedia, entre ellos Álvaro Suárez en el papel del doctor Ansola; Pedro M. Planas en la personificación del doctor Mangler, y los demás que integraron el acertado elenco; señalando al mismo tiempo que un «lleno como pocas veces se ha visto en "La Comedia" últimamente, aplaudió frenético a los actores e hizo salir varias veces al autor al escenario para premiar su labor de verdadero creador, ya que su obra constituye un jalón para las letras patrias».

[4] CID PÉREZ, JOSÉ, obra antes citada, págs. 15, 17, 18 y 19.
[5] MCKINNEY, JAMES E., «El teatro de José Cid», artículo publicado en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Tomo LXXVII, 1 enero-junio 1974, pág. 328.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Roberto HERRERA. El tema de la infalibilidad en una comedia dramáti...
Centro Virtual Cervantes

El destacado crítico teatral y conocido periodista Rafael Marquina, publicó en el periódico «Alerta», en la edición del sábado 15 de diciembre de 1951, una bella crónica titulada «A propósito del teatro cubano», en la que afirmó: «*Y quiso más la vida,* el drama de José Cid Pérez, es obra cubana, con aquel sentido de lo universal que le procuran los caracteres que sufren y razonan y jadean y alientan en sus escenas, en sus vidas. Cubana por el ambiente, pero aún más por la médula del problema que en ella se dramatiza y que atañe a uno de los exponentes universales de la categoría cubana ante el mundo: la Medicina, cuyos cultivadores son honra y prestigio de la República; cubana, por el modo y la norma; por la palabra neta y sin cubanismos, pero con raíz de cubanía en la tierra de su florecer. Y de tal modo lo cubano cobra vida humana, que es su manera de arraigar en arte, que la emoción no le brota, ni fluye, ni transpira, del hecho peculiar de lo cubano, sino de la humana condición de lo dramático. Criaturas de carne y hueso para la carne y el hueso del Hombre en su angustia de matar la angustia. Tal, en síntesis no revelada, pero latente y viva, ¡teatral!, la dramática asignación de esta comedia de José Cid».

No dejaron de oírse las voces discordantes que nunca faltan, en este caso representadas por el también crítico teatral y periodista Luis Amado Blanco, que en su sección «Retablo» del periódico «Información», de La Habana, señaló lo siguiente: «De primera intención el público se enfrenta con una obra directa y hasta ingenua, en la que los caracteres parecen trazados con mano infantil... Los únicos que están en su lugar son la esposa Angélica y el niño, que padece su enfermedad con el mismo natural ingenuo fatalismo que podría sufrir un sarampión en la auténtica vida, y hasta esa mujer desconocida que entra como una loca, en el acto tercero, preguntando por la salvación de su niño que también padece la epidemia...». Y continuando con el mismo tono de crítica sarcástica y negativa, se ensaña, más adelante, con el personaje del doctor Mangler consignando: «El caso del doctor Mangler merece punto y aparte. *Y estamos seguros* de que fue dibujado literalmente en una larga estancia por la Argentina. Puro tango. Puro sufrimiento sin salvación. Pura hombría que se compensa con la sonrisa de los otros y con el corazón del bien por todas partes. Suaves ronquidos de bandoneón arrabalero en sus frases finales...» (El subrayado es nuestro). Entre otros muchos reparos que pudiéramos hacerle a esta desconsiderada crítica, pudiéramos señalar que, en su desmedido afán de negarle la sal y el agua a dicha pieza teatral, el crítico cae en la falsa arbitrariedad de asegurar que el personaje del doctor Mangler, como hemos visto antes, «fue dibujado literariamente en una larga estancia por la Argentina», y olvida, seguramente con muy malas intenciones, que la misma obra con el título de *Madre antes que mujer,* había sido premiada por el Círculo de Bellas Artes diecisiete años antes, y que, en esa misma época, la escritora bilingüe Josefina de la Grana le dedicó un largo y elogioso artículo en los Estados Unidos de Norteamérica. El autor del drama, José Cid, por otra parte, no visitó la Argentina, por primera vez, hasta el año 1947; por lo que la afirmación de Luis Amado Blanco carece de base sólida y racional, y, en consecuencia, el calificativo de «puro tango» (que tenía en aquellos momentos una connotación completamente peyorativa) y los «suaves ronquidos de bandonéon arrabalero» fueron, exclusivamente, de su personal y mal intencionada invención. Lo cierto es que la comedia dramática de Cid Pérez fue muy bien acogida en el momento de su estreno, no obstante las deficiencias que pueda tener; ya que, como indicó acertadamente Rafael Marquina, en el artículo periodístico antes citado, «no nos incumbe señalar defectos que naturalmente ha de tenerlos, porque de ellos se redime, en gran medida, por la natural vivencia de lo real humano que va más allá de lo real, que se supera en realidad para otorgar a lo concreto y objetivo eficacia de universalidad». Nosotros estamos plenamente de acuerdo con esta crítica, objetiva e

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Roberto HERRERA. El tema de la infalibilidad en una comedia dramáti...
Centro Virtual Cervantes

imparcial, de Rafael Marquina; y compartimos igualmente el criterio, muy bien expresado en dicho artículo, que a pesar de tratarse de una obra netamente cubana, tiene, sin embargo, alientos de universalidad. Quizás, por todos estos motivos, supo emocionar al público cubano de aquella época que se identificó con el mensaje, conmovedor y humano, que encierra su argumento, que es el siguiente: un joven y brillante médico cubano, especialista en niños, el doctor Diego Álvarez de Mendoza ha estado muchos años soñando con la posibilidad de tener y cuidar de su hijo propio, tal y como hasta ahora ha venido haciéndolo con los hijos de los demás. En su familia la Pediatría ha sido una valiosa tradición, pues también su padre fue un famoso especialista en niños del cual el doctor Álvarez de Mendoza heredó su interés y su entusiasmo por la profesión de la medicina en general, y por su especialidad, en particular. Diego, que está casado con Angélica, una mujer de excepcionales cualidades según descubrimos casi desde los inicios mismos de la obra, tiene en su casa a su señora madre, cuyo nombre es Elisa, que es un personaje femenino que al igual que el de Angélica, y por motivos similares, se gana nuestra admiración y simpatía poco tiempo después de levantarse el telón. Otro personaje femenino que, en nuestra opinión, está también muy bien trazado es el de la enfermera Estela, que a pesar de la crítica injustificada de Amado Blanco al decir: «el diablo son las cosas, y por si fuera poco diablo, la enfermera dice, de cuando en cuando, unas cosas que levantan en peso, por el aquel de la ciencia y la conciencia, en una anticipación de la rebeldía de las masas», es un personaje que logra conmovernos, al igual que el de doña Elisa y el de Angélica, por la sinceridad de sus manifestaciones y el hondo sentimiento humano que se desprende de las mismas.

Al comenzar el primer acto el doctor Diego Álvarez de Mendoza está muy preocupado, al igual que la enfermera, con motivo del parto de Angélica, que con la misma ansiedad que su esposo espera el nacimiento de su primer hijo. Todo parece indicar que dicho parto se presenta en forma bastante desfavorable, razón por la que ambos, la enfermera y el esposo médico, esperan con ansiedad al partero, el doctor Ansola, que no acaba de llegar. El doctor Ansola, que es al igual que Diego un médico brillante, ha sido, además, su profesor en la Universidad. Ahora bien, una sola diferencia, pero una diferencia trascendental, existe entre los dos galenos: el doctor Ansola, no obstante su sabiduría y su fama, es un médico sencillo, humilde y de una modestia casi franciscana; mientras que su antiguo discípulo el doctor Diego Álvarez de Mendoza es un médico engreído, pedante y orgulloso, que se cree, sin lugar a dudas, infalible por sus profundos conocimientos y su excepcional inteligencia; y que se jacta, reiteradamente, de que en sus doce años de ejercicio profesional la muerte jamás ha podido arrebatarle a ninguno de los niños que ha asistido, y, en consecuencia, y como le ha ocurrido a otros compañeros «con menos suerte o con menos ciencia» que él, nunca ha sido derrotado por la muerte. Al continuar la obra, llega por fin el doctor Ansola para tranquilidad de todos, pero, después de reconocer a Angélica, concluye gravemente que hay que decidir entre la vida de la madre o la vida del futuro hijo. Y, para sorpresa de todos, incluyendo a su propia madre doña Elisa, el doctor Álvarez de Mendoza, enérgico y cortante, le grita al doctor Ansola: «¡Bien! Entonces vuélvase a allá, y si a mi Angélica no la puede salvar junto con mi hijo, sálvelo a él; porque lo necesito...» [6]. Ante tamaño desatino, la madre Elisa, pensando que su hijo se ha vuelto loco por el dolor que le embarga, le suplica que evite ese sacrificio estéril y que piense, que si no lo hace a tiempo, Dios lo puede castigar. Pero el hijo incrédulo y egoísta le responde: «¡Si hubiera Dios!... ¡Si fuera cierto que existiera!... Si es verdad que existe que me conceda la vida de Angélica y de mi hijo» [7], a todo lo cual la madre abnegada y

[6] CID PÉREZ, JOSÉ, obra antes citada, pág. 96.
[7] Ibid., pág. 106.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Roberto HERRERA. El tema de la infalibilidad en una comedia dramáti...
Centro Virtual Cervantes

buena cristiana le contesta: «Te las concederá; pero ve, ve adentro y dile a Ansola que la salve primero a ella... No, no me digas nada. Ve... (Lo conduce con dulzura maternal hasta el cuarto de consultas)», y mientras tanto su hijo sigue gritando desesperadamente: «¡Doctor Ansola! Salve a mi hijo», pero al mirar a su madre que parece increparle dulcemente, reacciona rápidamente exclamando: «¡No! ¡A ella! ¡A ella! ¡Sálvela!» [8]. Y, al pronunciar estas palabras, se hecha sollozando en los trazos de su madre, que lo abraza tiernamente y lo conduce en silencio al interior de la casa. Entonces la escena se oscurece para dar paso al cuadro segundo del primer acto, en el cual felizmente nos enteramos de que el doctor Ansola, con su experiencia y sabiduría, ha podido salvar al hijo, que es un hermoso niño, y también a la madre. Se ha cumplido, pues, lo que proféticamente había indicado doña Elisa, y es precisamente por eso por lo que el doctor Ansola le dice a Diego que, antes de ir a ver a Angélica, debe arrodillarse delante de todos con su hijo en los brazos, y demostrarles, dándole gracias, que cree en Dios [9]. Con esta emotiva escena se cierra el primer acto y cae lentamente el telón.

El segundo y tercer actos no resultan menos interesantes y emocionantes. Durante el transcurso de los mismos nos enteramos de que, recientemente, se ha desarrollado una epidemia que está causando verdaderos estragos entre los niños que son sus víctimas preferidas. La citada epidemia tiene confundidos y desorientados a los más destacados pediatras; y lo único que se conoce para combatirla es un suero, descubierto por un modesto y joven médico, el doctor Mangler, que según parece ha sido efectivo en muchos casos. El doctor Diego Álvarez de Mendoza, con su habitual pedantería, no cree en las virtudes curativas del suero, y, mucho menos, en la capacidad profesional del doctor Mangler, al que conoció en la Universidad cuando éste era alumno suyo. El doctor Ansola, sin embargo, con las cualidades humanas que le adornan, opina que no se puede ser tan implacable ni tan severo en los juicios sobre un compañero de profesión; y le propone que trate de confirmar sobre la realidad de los casos tratados por el doctor Mangler la efectividad curativa de dicho suero. Pero Diego Álvarez de Mendoza no está dispuesto a hacer esta concesión que va en contra de su manera de ser y de su altanería y orgullo como profesional. Al contrario, lo que está preparando, detallada y minuciosamente, es un discurso que piensa leer en la Academia de Ciencias, destruyendo lo que él considera «el mito» de la curación por medio del suero del doctor Mangler; y de paso también, el prestigio y la integridad como médico del joven y modesto profesional. Mientras tanto Luisito, el hijo del doctor Álvarez de Mendoza, se siente enfermo, y por los primeros síntomas que aparecen, todo parece indicar que se trata de una víctima más de la terrible y temida epidemia. Sin que su padre lo sepa, puesto que jamás lo aprobaría, y en complicidad con el doctor Ansola y con su suegra Elisa, Angélica, en su desesperación por salvar a su hijo, le ruega al doctor Ansola que vaya a buscar al doctor Mangler y lo traiga para consultar su opinión. El doctor Mangler, ante la gravedad del caso, recomienda la aplicación de su suero que, a petición del doctor Ansola, él mismo inyecta en el niño. Al marcharse el doctor Mangler llega el doctor Diego Álvarez de Mendoza que, al ser notificado por su esposa de la enfermedad de su hijo, ha corrido hasta el hospital para buscar una medicina que, en su opinión, curará la enfermedad que su hijo tiene y que él estima que no es más que una gastroenteritis coleriforme. Al regresar le entrega dicha medicina al doctor Ansola, el cual, en una forma habilidosa y aprovechando un descuido de Diego, bota la medicina sin dársela al pequeño paciente. Pocas horas después el niño comienza a recuperarse hasta ponerse completamente bien, gracias al suero del doctor Mangler, pero

[8] Ibid., pág. 107.
[9] Ibid., ibid.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Roberto HERRERA. El tema de la infalibilidad en una comedia dramáti...
Centro Virtual Cervantes

sin que esta verdad le pueda ser revelada a su padre por el temor que le tienen su esposa Angélica, su madre doña Elisa y hasta el propio doctor Ansola. Así las cosas, llegamos al tercer acto sin que nadie se atreva a decirle al doctor Álvarez de Mendoza la verdad de la milagrosa curación de su hijo; y sin que nadie logre persuadirle, igualmente, de no destruir personal y profesionalmente al doctor Mangler por el que siente un odio casi selvático. La obra termina con un desenlace muy bien logrado por Cid Pérez, al atreverse Angélica, su esposa, que por algo era más madre que mujer, a decirle la verdad clara y rotunda a su obcecado marido: «¡No hago más que cobrarte una deuda, que habías contraído conmigo, hace tiempo!... Yo no hubiera querido cobrártela nunca, pero... ¡La vida se encargó de hacerlo!... Cuando yo yacía en la cama de ese cuarto, apenas sin aliento, cuando el doctor Ansola te preguntó que a cuál de los dos preferías, si a mí o a mi hijo, tú dijiste: ¡A mi hijo! ... ¡Bien! Contestaste como debías. Yo hubiera hecho lo mismo: ¡A mi hijo! Pero no se conformó con eso... *Y quiso más la vida*... Tras de haber sido despiadada contigo, lo fue más tarde conmigo y, otro día, me formuló la misma pregunta: ¿Qué prefieres la vida de tu hijo o el orgullo de tu marido? Y sin titubear, como tú, dije: ¡Mi hijo!... (Álvarez de Mendoza, bajo la dura realidad de las amargas palabras de Angélica, y tras una gran lucha dolorosa, cae en el sofá, vencido, derrotado, mientras lentamente cae también el telón)» [10]. Termina así la obra que está firmada por el autor en marzo de 1931.

De todo lo anteriormente expuesto se deduce claramente que el tema principal de esta comedia dramática es, sin lugar a dudas, el tema de la infalibilidad profesional, que es, por otra parte, un tema universal. La figura de ese médico endiosado por él mismo, por su familia y por sus agradecidos clientes gracias al éxito con que ha ejercido su profesión durante 12 años sin tener que lamentar una sola baja entre sus pequeños pacientes, está muy bien trazada por Cid como dramaturgo que conoce su oficio; y precisamente por ello, nos inspira una rara mezcla de indignación y lástima, al ver su incredulidad manifiesta y declarada desde el primer acto de la pieza. Estamos seguros que muchos de los que lean estas líneas podrán identificar a ese médico cubano, el doctor Diego Álvarez de Mendoza, con la figura de ese galeno que alguna vez nos hemos tropezado en nuestro peregrinar por el mundo, que le dice a sus enfermos, en forma pedante y altiva: «yo te he curado», «yo te he salvado»; olvidando esa verdad elemental y simple que la sufrida doña Elisa siempre trataba de inculcarle a su hijo, y que no es otra que aquella afirmación de que Dios, y solamente Él, el que siempre puede y tiene que decir la última palabra; y que, por consiguiente, ningún médico, por sabio, inteligente y experimentado que sea, puede presumir de que a él no se le muere ningún paciente y de que, por lo tanto, él es infalible. Esta es, en nuestra opinión, la gran lección moral que encierra el drama *Y quiso más la vida* del autor cubano José Cid Pérez. En él la figura, siempre venerada, de los buenos médicos, es decir, de los que son humanitarios, generosos, modestos, humildes y sencillos, que por lo general son los más, queda salvada gracias a los personajes del doctor Ansola y del doctor Mangler, que son los que, en definitiva, triunfan; y triunfan sin estridencias ni alboroto, sobre el profesional pedante, orgulloso, incrédulo y egoísta, que, al final del drama, queda moral y profesionalmente aplastado ante una realidad triste y dolorosa, que no le queda más remedio que aceptar.

Como ha señalado el crítico Alfredo de la Guardia, tantas veces citado en este ensayo, el drama *Y quiso más la vida* lleva una definición clara y precisa en el título. «El caso de este médico sapiente y orgulloso, a quien la muerte que amenaza y la vida que se impone demuestran la vanidad de su ciencia, enlaza la obra, sin menoscabo en la

[10] Ibid., pág. 109.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Roberto HERRERA. El tema de la infalibilidad en una comedia dramáti...
Centro Virtual Cervantes

originalidad de la anécdota, con una rama del teatro muy tradicional. Desde la anónima farsa medieval hasta la moderna, y desde el famoso Sganarelle molieresco, médico a su pesar, hasta Knock, el triunfador de la medicina de Jules Romain, una serie de comedias se burlan del científico o de la ciencia, y algunos dramas puntualizan el error de considerarlos omnipotentes o absolutos». Y añade: «En *Y quiso más la vida* hay, también, una censura al nuevo ídolo de François de Curel y en *Dilema del doctor,* si bien diferente al de Bernard Shaw». En opinión de De la Guardia, todo esto sirve para «exaltar de modo propio, el valor de la existencia humana, de la sangre y del espíritu, sobre toda experiencia, sobre todo conocimiento, dentro de la acción dramática viva y del diálogo natural, que son los dos elementos fundamentales y característicos de la producción escénica de José Cid» [11].

Por todas estas razones podemos decir que el teatro de José Cid Pérez, «sin perder substancias de la tierra en que surgió, posee una proyección de universalidad. Su cualidad conceptual se vierte con un dominio evidente del lenguaje, con destreza para el diálogo, con certero movimiento interno y exterior de las acciones. Posee, en consecuencia, méritos literarios y escénicos. Inspirado por un depurado sentido dramático, es éste un teatro de edificación espiritual» [12]. Y quizás estas mismas razones son las que llevaron a un ilustre médico cubano, el doctor Juan B. Kourí, a decir en un artículo que, bajo el título de «La función del médico en *Y quiso más la vida*», publicó en la revista «Carteles», de La Habana, lo siguiente: «¿Quién puede evitar los gritos de los detractores, las injurias y las calumnias? Sin embargo, a pesar de ellos, y sobre ellos, y contra ellos, mucho se está logrando en el campo de la ciencia al margen de los métodos oficiales, mal que les pese a los detractores que injurian y calumnian. Por eso, *Y quiso más la vida* debe difundirse cada vez más, porque ella salvará al mundo del error en que yace y abrirá sus ojos a la luz. En fin, Dios ayude a nuestro admirado compatriota para seguir iluminando al mundo, a fin de encontrar el verdadero sendero de la verdad. ¡Bien por José Cid!» [13]. Nosotros no tenemos que añadir ni una palabra más [14].

[11] Ibid., págs. 145 y 146.

[12] Ibid., págs. 19 y 25.

[13] KOURÍ, JUAN B., «La función del médico en *Y quiso más la vida*», artículo publicado en la revista «Carteles», La Habana, Cuba, año 32, núm. 1, enero de 1952.

[14] Otras citas que aparecen en este ensayo han sido tomadas de los siguientes artículos periodísticos: «Un éxito más de Otto Sirgo y Magda Haller en La Comedia», publicado en el «Diario de la Marina», La Habana, Cuba, el día 9 de diciembre de 1951; «A propósito del teatro cubano», por RAFAEL MARQUINA, publicado en «Alerta», La Habana, Cuba, el 15 de diciembre de 1951; e «Y quiso más la vida», por LUIS AMADO BLANCO, publicado en la Sección «Retablo» del periódico «Información», La Habana, Cuba, el 13 de diciembre de 1951.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Roberto HERRERA. El tema de la infalibilidad en una comedia dramáti...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes